

Isaak

Bábel

Diario

de 1920



Un estremecedor alegato sobre la destrucción de un mundo *Diario de 1920* es una obra íntima, sincera y precisa, que revela la evolución personal de un joven convencido de la bondad de la revolución que descubre horrorizado como sus ideales se desmoronan ante la brutalidad de la guerra y el antisemitismo. Un testimonio extraordinario de uno de los conflictos capitales del siglo XX.

Jitomir, 3 de junio

Por la mañana en el tren, he ido a buscar una guerrera y unas botas. Duermo con Jukov y Topolnik, está sucio, por la mañana el sol me da en los ojos, los vagones están mugrientos. Jukov filiforme, Topolnik voraz, y toda la gente de la redacción es increíblemente sucia.

Té malo en escudillas prestadas. He enviado cartas a casa, paquetes a Yug-Rosta, una entrevista con Pollak, operación para tomar Novogrado, la disciplina se relaja en el ejército polaco, la propaganda de los guardias blancos polacos, folletos en papel de fumar, las cerillas, los judíos, los comisarios, esto es necio, odioso, impotente, nulo y extraordinariamente poco convincente. Una cita de Mijailov sacada de la prensa polaca.

La cocina en el tren, los gruesos soldados de rostros inyectados en sangre, de almas grises, un calor sofocante, en la cocina, la sémola, mediodía, el sudor, las lavanderas de gruesas piernas, esas buenas mujeres apáticas –las estaciones– describir a los soldados y a las mujeres de gruesas piernas, ahítas, dormidas.

El amor en la cocina.

Tras el almuerzo, llegada a Jitomir. Una ciudad blanca, no dormida sino herida, asustada. Busco rastros de la cultura polaca. Mujeres bien vestidas, con medias blancas. La iglesia católica.

Me baño en el Teterev cerca de Nuska, un sucio riachuelo, en el baño, los viejos judíos de largas piernas flacas, cubiertas de pelos blancos. Los jóvenes judíos. Las mujeres lavan la ropa en el Teterev. Una familia, una mujer guapa, el marido que cuida al niño.

El mercado de Jitomir, un viejo zapatero, el azulete, la tiza, los cordones.

Los edificios de las sinagogas, de una arquitectura antigua, cómo me conmueve el alma todo esto.

Un cristal de reloj: 1.200 rublos. El mercado. Un pequeño judío filósofo. Tienda inverosímil: Dickens, escobas y zapatillas doradas. Su filosofía: todo el mundo pretende combatir por la justicia, pero todo el mundo saquea. Excelentes palabras, su barbita, charlamos, el té y tres pasteles de manzana cuestan 750 rublos. La vieja interesante, malvada, sagaz, tranquila. Qué ávidos se muestran todos en cuanto se trata de dinero. Describir el mercado, los cestos de frutas, las cerezas, el interior de la taberna. Conversación con una rusa que ha venido a pedir un barreño. El sudor, el té adulterado, me como la vida a mordiscos, adiós, muertos.

El yerno Podolski, intelectual extenuado, cuenta algo sobre los sindicatos, sobre su servicio militar con Budenny, por supuesto soy ruso, mi madre es judía, entonces ¿por qué?

El *pogrom* de Jitomir, organizado por los polacos y además, evidentemente, por los cosacos.

Tras la primera aparición de nuestra vanguardia, los polacos han entrado en la ciudad y se han quedado tres días, *pogrom* antijudío, han cortado barbas –eso es habitual–, robado a 45 judíos en el mercado, se los han llevado al matadero, torturas, lenguas cortadas, aullidos que llenaban la plaza. Han quemado 6 edificios, el de Koniushowski en la plaza de la catedral –investigo sobre los que atentaron salvar sus vidas–, las ametralladoras, el portero en cuyos brazos una madre tiró a su hijo desde una ventana en llamas –abatidos a bayonetazos, el cura puso una escalera contra la pared trasera y así los salvó.

El *sabat* comienza, dejamos al suegro para dirigirnos a casa del *zaddik*¹¹. No he entendido su nombre. Un cuadro impresionante para mí, a pesar de que el declive y la total decadencia sean absolutamente evidentes. El *zaddik*, su silueta enjuta, de anchos hombros. Su hijo –un muchacho aristocrático en caftán–, se distinguía un interior pequeño burgués, pero amplio. Todo muy como Dios manda, su mujer, una judía ordinaria, incluso *modern style*.

Los rostros de los viejos judíos.

Conversaciones en una esquina a propósito del alto coste de la vida.

Me enredo con el libro de oraciones. Podolski me corrige.

Una lamparilla de noche a guisa de vela.

Soy feliz, los rostros inmensos, las narices ganchudas, las barbas negras canosas, esto me hace reflexionar mucho, adiós, muertos. El rostro del *zaddik*, sus lentes niqueladas:

–¿De dónde viene usted, joven?

–De Odessa.

–¿Cómo es la vida allí?

–La gente está viva.

–Mientras que aquí, es el horror.

Una breve conversación.

Me voy, totalmente impresionado.

Podolski, pálido y triste, me da su dirección, una velada maravillosa. Camino, reflexiono sobre todo esto, sobre las calles silenciosas, extranjeras, Kondratiev con una judía morenita, pobre comandante con su gorra caucasiana, no tiene ningún éxito.

Después, por la noche, el tren, los eslóganes pintarrajeados del comunismo (contraste con lo que he visto entre los viejos judíos).

El martillar de las máquinas, tenemos nuestra propia estación eléctrica, nuestros propios diarios, proyectan un filme, el tren resplandece, ruge, los soldados mofletudos hacen cola ante las lavanderas (durante dos días).

Jitomir, 4 de junio

Por la mañana, envió de paquetes a Yug-Rosta, información sobre el *pogrom* de Jitomir en mi casa, a Oreshnikov, a

Narbut.

Leo a Hamsum. Sobelman me cuenta el tema de su novela.

Nuevo manuscrito de Job, un anciano que vive desde hace siglos, sus alumnos se lo han robado para simular la ascensión, un extranjero aburrido, la revolución rusa.

Schulz, esto es lo esencial, la lujuria, el comunismo es cuando robamos manzanas a sus propietarios, Schulz discurre, su calvicie, las manzanas escondidas, el comunismo, la postura de Dostoievski, hay algo ahí, hay que imaginarlo, esa inagotable lujuria, Schulz en las calles de Berdichev.

Jelemskaia que ha tenido una pleuresía, diarrea, se ha puesto completamente amarilla, su caftán mugriento, una crema de manzanas. ¿Qué haces aquí, Jelemskaia? Deberías casarte, un marido, un despacho técnico, un ingeniero, un aborto o un primer hijo, eso era tu vida, tu madre, te bañabas una vez por semana, era tu novela, Jelemskaia, y así es como tienes que vivir y adaptarte a la revolución.

Apertura de un club comunista en la redacción. Ahí está el proletariado, esas judías y esos judíos increíblemente pusilánimes, surgidos de su sótano. Tribu lastimosa, horrible, camina. Describir después el concierto, las mujeres que cantan canciones de la Pequeña Rusia.

Baño en el Teterev. Kiperman, nuestra búsqueda de víveres. ¿Cómo es Kiperman? Qué imbécil soy, he malgastado el dinero. Oscila como un junco, con una gran nariz, está nervioso, quizá loco, pero ha llevado a cabo una estafa, cómo retrasa el pago, dirige el club. Describir su pantalón, su nariz, su forma de hablar sin prisa, sus sufrimientos en la cárcel, es un hombre terrible ese Kiperman.

La noche en la calle. La caza de las mujeres. Cuatro avenidas, cuatro etapas: primer contacto, conversación, nacimiento del deseo, el Teterev abajo, un viejo enfermero que dice que los comisarios tienen de todo, incluso vino, pero es bienintencionado.

Yo y la redacción ucraniana.

Gujin, de quien Jelemskaia se ha quejado hoy, se buscan algo mejor. Estoy cansado. Y de pronto, la soledad, la vida pasa ante mí, pero qué significa.

Jitomir, 5 de junio

He recibido en el tren unas botas y una guerrera. Al alba voy a Novogrado. Un camión marca Thornicroft. Se lo han tomado todo a Denikin. Salida del sol en el patio de un monasterio o escuela. He dormido en el camión. A las 11 Novogrado. Después otro Thornicroft. Un puente de desviación. La ciudad está más viva, las ruinas parecen normales. Cojo mi maleta. El estado mayor se ha ido a Korets. Una judía ha dado a luz, en la clínica por supuesto. Un hombre filiforme, de nariz ganchuda, pide trabajo, me sigue por todas partes con mi maleta. Le prometo que volveré mañana. Novogrado-Zviaguel.

En el camión, un abastecedor con gorra blanca, un judío y Morgan, algo encorvado. Esperamos a Morgan que ha ido a la farmacia, su hermano pequeño tiene una blenorragia. El camión viene de Fastov. Dos gruesos conductores. Salimos como una flecha, es un verdadero chófer ruso, tenemos el corazón en la garganta. El centeno madura, los correos galopan, los infelices, enormes camiones cubiertos de polvo, rollizos muchachos polacos, medio desnudos, de cabellos muy rubios, los prisioneros, las narices polacas.

Korets, describirlo, los judíos ante la gran casa, el *jeschiwe bocher*^[2] con sus gafas, sus temas de conversación, los viejos de barbas amarillas, los comerciantes algo encorvados, enclenques, solitarios. Tengo ganas de quedarme, pero los telefonistas ya enrollan los cables. Evidentemente: el estado mayor se ha ido. Cogemos manzanas y cerezas. Seguimos el camino a una velocidad loca. Después el conductor, cinturón rojo, se come el pan cogiéndolo con los dedos llenos de aceite del motor. 6 verstas antes de llegar nos damos cuenta de que la magneto está anegada en aceite. Reparamos bajo un sol tórrido, el sudor, los conductores. Recorro el resto del camino sobre una carreta de heno (me olvidaba, el inspector de artillería Timoshenko [?] examina los cañones en Korets. Nuestros generales). La tarde. La noche. El parque de Toshcha. Zotov se va con el estado mayor, los convoyes a toda velocidad, el esta-

do mayor se ha ido a Rovno, qué lata. Los judíos, decido quedarme en casa de Duvid Uchenik, los soldados intentan disuadirme, los judíos me suplican. Me lavo, qué felicidad, lleno de judíos. Los hermanos de Uchenik —¿gemelos?—. Los heridos me llaman para conocerme. Buenos mozos, heridos en la parte carnosa de la pierna, se desplazan por sus propios medios. Un verdadero té, ceno. Los hijos de Uchenik, una niñita, pequeña pero experimentada, de ojos arrugados, una niña temblorosa de seis años, la gruesa esposa de dientes de oro. Me rodean, la casa está en alerta. Uchenik cuenta: los polacos les han saqueado, después les ha tocado a éstos, les cayeron encima con gran ruido, con grandes gritos, se lo han llevado todo, la ropa de su mujer.

La niñita: ¿no es usted judío? Uchenik me mira comer, la niñita tiembla sobre sus rodillas. Está aterrorizada, la bodega, los disparos, su gente. Digo: todo irá bien, lo que es la revolución, soy inagotable. Aquí todo va mal, nos saquearán, no vaya a dormir.

Por la noche, la linterna delante de la ventana, la gramática judía, me duele el alma, tengo los cabellos frescos, una tristeza fresca. Transpiración, a causa del té. Socorro: Zuckerman con un fusil. Es un radiotelegrafista. Los soldados en el patio, me apremian para que vaya a dormir, se ríen. Aguzo el oído: sospechan, colócate, te voy a segar con mi guadaña.

Se termina la caza de la mujer. Las estrellas, la noche sobre la población. Un cosaco, alto, con un pendiente, la parte superior de la gorra blanca. Han detenido a la loca de Stassova, la payasa, me atrae con el dedo, ven a tomarme, conmigo estaría ocupada toda la noche, ondularía como una serpiente, bailarían, pero al menos no huirían. Los soldados me apremian para que vaya a dormir. Cenamos: huevos al plato, té, asado, grosería inimaginable, desplomado en la mesa, patrona, trae. Uchenik ante su casa, han puesto un centinela, qué comedia, ve a acostarte, yo vigilo mi casa. La terrible historia de esa loca detenida. Si la encuentran, la matarán.

No duermo. Les he molestado, han dicho que todo estaba perdido.

Mala noche, un imbécil de cuerpo porcino –el radiotelegrafista–. Uñas sucias y maneras delicadas. Conversación sobre la cuestión judía. El herido en camisa negra, un mocoso y un cernícalo, los viejos judíos corren, las mujeres colocadas en otro lugar. Nadie duerme. Jóvenes muchachas en la escalinata, un soldado en el diván.

Escribo mi diario. Hay una lámpara. El parque delante de la ventana, un convoy pasa. Nadie se acuesta. El camión ha llegado. Morgan busca a un cura, lo llevo a casa de los judíos.

Goryn, los judíos, las viejas cerca del umbral de sus casas. Toshcha ha sido saqueada, Toshcha está limpia, Toshcha calla. Un trabajo limpio. En voz baja: se lo han llevado todo, ni siquiera lloran, eran especialistas. Goryn, red de lagos y afluentes, luz de la tarde, hay un combate ante Rovno. Conversaciones con los judíos, es algo tan próximo a mí, creen que soy ruso y el corazón se me deshace. Estamos en una orilla escarpada. La paz, oigo ligeros suspiros a mi espalda. Voy a defender a Uchenik. Les he dicho que mi madre era judía, la historia, Be-laia Tserkov, el rabino.

Rovno, 6 de junio

Sueño agitado, he dormido solamente unas horas. Me despierto, el sol, las moscas, una buena cama, los almohadones judíos de color rosa, el edredón. Los soldados hacen ruido con sus muletas. Vuelve a empezar: patrona, trae. Carne asada, azúcar en un vasito de facetas, están desplomados, descarados, con el flequillo lacio, en traje de campaña, pantalones rojos, gorras caucasianas, los muñones de las piernas colgando gallardamente. Las mujeres tienen el rostro de color ladrillo, corren, nadie ha dormido. Duvid Uchenik está pálido, lleva chaleco. Me dice: no se vaya mientras estén aquí. Un ca-

rro viene a buscarlos. El sol, el parque enfrente, el carro espera, se van. Los he salvado.

El camión llegó ayer tarde. A la 1 dejamos Toshcha hacia Rovno. Goryn brilla al sol. Por la mañana paseo. Es evidente que la anfitriona no ha dormido en su casa, la criada y sus amigas se han quedado cerca de los soldados que querían violarla, toda la noche hasta el alba ella les daba todo el tiempo manzanas para comer, mantenía conversaciones muy formales, ya está bien de guerra, queremos casarnos, id a acostaros. La niña que bizquea sale de su mutismo, Duvid se ha puesto el chaleco, el *tales*^[3], reza con aspecto digno, da las gracias, la harina en la cocina, hacen pasta, la vida vuelve a empezar, la criada de piernas gordas, descalza, una gruesa judía de senos blandos hace las labores de la casa y habla sin parar, cuenta. Los discursos de la anfitriona, espera que todo vaya bien. La casa revive.

Voy a Rovno en Thornicroft. Dos caballos muertos. Los puentes destruidos, el camión sobre una balsa, todo se resquebraja, los convoyes interminables, las aglomeraciones, los juramentos, describir un convoy a mediodía delante de un puente destruido, los jinetes, los camiones, las carreteras de obuses. Nuestro camión rueda a una velocidad loca a pesar de que está desvencijado, el polvo.

8 verstas antes de llegar, avería. Las cerezas, duermo, transpiro al sol. Kuzitski, pequeña silueta cómica, te dice el porvenir improvisadamente con naipes, es un enfermero de Brodianitsky, las mujeres le pagaban en especies, con pollos asados o con sus propias personas, se inquieta: el jefe del batallón sanitario quizá le dejará partir, me enseña heridas reales, cuando se pone a andar cojea, ha dejado a una chica en la carretera, a 40 verstas de Jitomir, anda, vete, ella le había dicho que el jefe del estado mayor la cortejaba. Él pierde su pequeño látigo, se queda ahí casi desnudo, charla, miente sin parar, la foto de su hermano, antiguo capitán de caballería convertido en comandante de división, casado con una princesa polaca, fusilado por los hombres de Denikin.

Estoy en medicina.

En Rovno, polvo, oro polvoriento, fundido, se derrama sobre las opacas bicocas.

Llegada de una brigada, Zotov en la ventana, los habitantes de Rovno, el aspecto de los cosacos, una tropa de una seguridad y una tranquilidad sorprendentes. Las muchachas y los jovencillos judíos los miran con admiración, los viejos judíos se muestran indiferentes. Dar aire a Rovno, se nota aquí algo molesto, inestable, pero hay un fondo sedentario, enseññas polacas.

Describir la velada.

Los Jast, una señorita me conduce, morena, astuta, ha venido de Varsovia, el enfermero, una perfidia asquerosa en sus palabras, coqueterías, con nosotros vais a poder comer mucho, me lavo en una habitación de paso, todo es incómodo, la felicidad, estoy sucio y cubierto de sudor, después té caliente con mi azúcar.

Describir a este Jast, un furioso, complicado, voz insoportable, creen que no comprendo el yiddish, discuten sin parar, un miedo animal, el padre no es algo simple, el enfermero sonriente, cura las blenorragias [?], sonrío, es invisible pero parece colérico, la madre: no somos intelectuales, no tenemos nada, él no es más que enfermero, es un trabajador, ahora tendremos a éstos, de acuerdo, pero calma, estamos extenuados, un espectáculo increíble: el hijo rollizo, sonrisa gastada e idiota tras los cristales de sus gafas redondas, conversación insinuante, me cortejan, una multitud de hermanas, todos unos cerdos [?]. Un dentista, nieto de no sé quién, con quien todo el mundo habla de la misma forma chillona e histérica que con los viejos, llegan los jóvenes judíos, habitantes de Rovno, rostros planos, amarillos de miedo, con ojos de pescado, cuentan las exacciones de los polacos, muestran sus pasaportes, ha habido un decreto de solemne anexión de Volhynia a Polonia, pienso en la cultura polaca, en Sienkiewicz, en las mujeres, en la Gran Polonia, han nacido demasiado tarde, ahora es la conciencia de clase lo que domina.

Doy mi ropa a lavar. Bebo té sin parar y transpiro de forma espantosa, examino, observo a los Jast. Paso la noche en el diván. La primera vez que he podido desnudarme desde mi par-

tida. Cierran todas las contraventanas, consumen la electricidad, nos ahogamos absolutamente, hay una masa de gente que duerme, relatos del pillaje de los hombres de Budenny, el miedo y los temblores, los caballos resoplan fuera, los convoyes en la calle de la Escuela, la noche, ...

[Aquí faltan veintiuna páginas.]

Beliov, 11 de julio

He dormido con los soldados del escuadrón del estado mayor, en el heno. Mala noche, he pensado en los manuscritos. Melancolía, pérdida de energía, sé que me sobrepondré, pero ¿cuándo? Pienso en los Jast, esos piojos, lo recuerdo todo, de esas almas asquerosas, esos ojos de borrego, de esas voces agudas, chillonas, inesperadas, y el padre que sonreía. Sobre todo esa sonrisa mientras que es colérico y hay muchos secretos, recuerdos de escándalos que huelen mal. La silueta colosal de la madre, es malvada, miedosa, glotona, repugnante, su mirada fija, expectante. Las mentiras innobles y detalladas de la hija, los ojos risueños del hijo, detrás de las gafas.

Vagabundeo por el pueblo. Voy a Klevan, fue tomado ayer por la 3.^a brigada de caballería de la 6.^a división. Nuestros destacamentos han aparecido sobre la línea de la carretera Rovno-Lutsk, Lutsk es evacuado.

Del 8 al 12, pesados combates, Dundich muerto, Shchadilov, comandante del 36.^o regimiento, muerto, también muchos caballos, lo sabré exactamente mañana.

Las órdenes de Budenny evocando nuestra pérdida de Rovno, la increíble fatiga de las unidades, los furiosos combates librados por nuestras brigadas, pero que ya no consiguen los mismos resultados que antes, las incesantes luchas desde el

27 de mayo; si no le conceden un descanso, el ejército ya no será apto para el combate.

¿No es demasiado pronto para emitir una orden semejante? Es razonable, despiertan a las retaguardias –Klevan–. Exequias de 6 o 7 soldados. He ido a buscar una *tachanka*^[4]. Marcha fúnebre y, de regreso del cementerio, desfile de infantería, no se ve ninguna procesión. El carpintero –un judío barbudo– corre por la población, es él quien hace los ataúdes.

La calle principal también es *Schossowa*^[5].

Mi primera requisita: una agenda. Me acompaña Menashe, un servidor de la sinagoga. Ceno en casa de Mudrik, siempre la misma canción, los judíos están arruinados, la perplejidad, esperaban el poder de los soviets como a unos liberadores, y de pronto gritos, fustas, sucios judíos. Tengo a todo un círculo a mi alrededor, les hablo de la nota a Wilson, de los ejércitos del trabajo, los pequeños judíos escuchan, sonrisas astutas y entendidas, un judío con pantalón blanco ha venido aquí para hacer una cura en el pinar, ahora quiere volver a casa. Los judíos están sentados en bancos de tierra, las jóvenes y los viejos, todo está muerto, tórrido, polvoriento, un campesino (Parfenti Melnik, el mismo que había servido en Elizavetpol) se queja porque su yegua se ha hinchado, está llena de leche, le han quitado a su potro, melancolía, los manuscritos, los manuscritos, eso es lo que me hace sentir nostalgia.

El coronel Gorov elegido por la población –jefe del pueblo – sesenta años, una rata de la nobleza que data de antes de la abolición de la servidumbre. Hablamos del ejército de Brussilov, si Brussilov marcha, se acabaron los problemas. Bigote blanco, masculla, es un ex noble, fuma tabaco casero, vive en el edificio administrativo, el viejo da pena.

El escribiente de la dirección cantonal, un bello ucranio, orden perfecto, se ha reconvertido al polaco, me enseña sus registros, las estadísticas del cantón: 18.600 habitantes, entre ellos 800 polacos, querían reunificarlos con Polonia, un acto solemne de unión con el Estado polaco.

El escribiente también data de la servidumbre con su pantalón de terciopelo, su acento ucranio, como influencia de los nuevos tiempos lleva un pequeño bigote.

Klevan, sus carreteras, sus calles, campesinado y comunismo están tan alejados uno de otro.

Cultivo del lúpulo, muchos viveros, muros verdes en forma de rectángulos, es un cultivo complicado.

El coronel tiene los ojos azules, el escribiente un bigote sedoso.

Por la noche, el trabajo del estado mayor en Beliov. ¿Cómo es Jolnarkevich? ¿Un polaco? ¿Sus sentimientos? Una amistad conmovedora entre ambos hermanos, Constantin y Mijailo. Jolnarkevich, un viejo peleón, exacto, trabajador sin pasarse, enérgico sin ruido, bigote polaco, finas piernas polacas. El estado mayor es Jolnarkevich y tres secretarios que por la noche están agotados.

Es un trabajo colosal, disponer las brigadas, no hay afeitamiento, lo esencial –las direcciones operativas– se hace discretamente. Los correos duermen cerca del estado mayor en el mismo suelo. Unas simples bujías como iluminación, el comandante del estado mayor de división se enjuga la frente y dicta, dicta sin parar los comunicados operativos, las órdenes, a la artillería de la división, al estado mayor de campaña, mantenemos la dirección de Lutsk.

Por la noche, duermo en el heno junto a Lepin, un letón, vemos vagar a los caballos que se han soltado y que arrancan el heno bajo nuestras cabezas.

Beliov, 12 de julio

Por la mañana, llevo el diario de operaciones militares, leo los comunicados. Será una cosa interesante.

Tras la comida cojo el caballo del correo Sokolov (sufre una recaída de tifus, se queda acostado en el suelo, a un lado, con su chaqueta de cuero, flaco, fino, con la fusta en su mano des-

carnada, se ha escapado del hospital donde no le daban nada de comer y donde se aburría, se había quedado acostado, enfermo, a lo largo de aquella noche terrible durante la que habíamos abandonado Rovno, estaba empapado, alto y flaco, sosteniéndose apenas sobre las piernas, discutiendo con los campesinos, dando muestras de curiosidad, pero con un tono autoritario como si los mujiks fuesen sus enemigos). Shpakov, una colonia checa. Una tierra rica, mucha avena y trigo, atravieso los pueblos, Peresopnitsa, Milotsovo, Ploski, Shpakov. Hay lino, con él se hace aceite, mucho alforfón.

Pueblos ricos, el calor del mediodía, las carreteras polvorientas, el cielo transparente sin una nube, el caballo es perezoso, no corre si no lo azoto. Es mi primer viaje a caballo. En Milostovo cojo un carro de Shpakov, voy a buscar la *tachanka* y los caballos con una orden del estado mayor de la división.

La bondad de alma. Miro maravillado la vida de los checos, en absoluto rusa, limpia, sólida. Un alcalde de pueblo eficaz, unos jinetes galopan en todas direcciones, cada vez hay nuevas exigencias, cuarenta carros de heno, diez cerdos, los agentes del comité de avituallamiento reclaman pan, el atestado en casa del alcalde –hemos recibido la avena– gracias. El comandante de los exploradores del 34.º regimiento.

Las casas sólidas brillan al sol, las tejas, la hojalata, la piedra, las manzanas, la escuela construida en piedra, las mujeres de aspecto casi ciudadano, sus delantales de vivos colores. Vamos a casa del molinero Yuripov, el más rico y el más instruido, un checo alto y guapo, típico con su bigote occidental. La magnífica granja, un palomar, es enternecedor, máquinas modernas, una prosperidad antigua, las paredes blancas, amplio patio, casa de un piso, clara y espaciosa, la habitación; este checo debe tener una buena familia, el padre –un pobre, todo tendones–, todos son buenos, el hijo, sólido, con dientes de oro, esbelto, ancho de hombros. Seguramente una gentil mujer e hijos.

El molino está perfeccionado, evidentemente.

El checo tiene recibos para vender. Le cogieron cuatro caballos y le dieron unos papeles dirigidos al comisario local de Rovno para que los recupere, también le cogieron un faetón y